

fu espíritu al Señor à las tres horas despues de aver amanecido el dia de Iueves à veinte y feys de Febrero. Escriuierò su vida, y Martyrio, Beda, Vuardo, Adon en sus Martyrologios, Sanctoro, Surio, y el Martyrologio Romano año duçientos cinquenta y quatro.

Leida con atencion esta santa vida, se verá, quanta estimacion, y aprecio haze el Sumo Sacerdote Christo, de aquel que le substituye en la dignidad, y oficio de Pastor, no desficiendo del nombre, antes si exerciendo tan dignamente su ministerio como Nestor hazia; pues à estos tales no permite su Magestad soberana, aya manos que seles atreuan sacrilegas, sino es que aun sus mortales enemigos, los tratan con veneracion, y respeto; solo llega à permitir (y esto para que acumulen meritos à su gran corona de gloria) les atormenten, y quiten la vida, permitiendo, assimismo, por particular, y grandissimo favor, à algunos su amada Cruz: hasta aquí pueden llegar las finezas de vn Dios amante. Todas las experimentò Nestor, como hemos visto, de dõde podemos inferir lo mucho que Dios le ama, y de ài tener vna firme esperança, en que valiendonos de su intercession, conseguiremos de su Divina Magestad, quando le pidieremos para la salud de nuestras almas, y mayor gloria suya.

*LA VIDA DE LOS GLORIOSOS
Abades San Lupicino, y San Roman
hermanos.*

28. DE
EBRE--
D. **L**upicino, y Roman, fuerò hijos de Nobles padres, los quales (despues de aver puesto en estado à Lupicino, que era el mayor, casandolo rica, y noblemente, aunque bien contra su voluntad, por ser mas inclinado à la vida Monastica, y Religiosa, que à la conjugal, y dexar en su compania, y custodia à Roman su menor hermano, sin poder conseguir de él, que tomasse el mismo estado, hallando en sus tiernos años, mas cabida el resistir à la voluntad de sus padres, y conservarse virgen, pareciendoles que en su edad temprana, no podia aver resistencia, y que despues tomaria el estado que Lupicino le diese) de comun voluntad, y divino acuerdo se fueron à vivir al desierto, eligiendo para habitacion del fin de sus dias, vn yermo en aquellas

partes de Leon de Francia, que participan de las amenidades del Reno, y Rodanios celebres, de cuyos circunuecinios pueblos descendian. Otros tienen que son los desiertos de Lora entre Borgosa, y Alemania, junto à la Ciudad de Auentica. Aqui, pues, determinaron vivir como si fuesen dos hermanos, sin acordarse mas del uso del matrimonio santo, pareciendo dos Angeles hymanos; humildes siempre, y postrados en tierra, divididos vno de otro hazian à Dios oracion continua, sustentándose solo de solas las raizes de las yervas, que aquel yermo les tributava; abstincencia rara, y virtud grande para quien se avia criado con regalo, y abundancia; reducirse voluntariamente à tal miseria de vida. El enemigo comun, que jamás se desuyda, invidioso de tanta gloria como la que los benditos siervos de Dios gozavan en tanta paz, y quietud, començò à hazerles cruda guerra, tirandoles à todas horas tantas piedras, que muchas vezes parecian llovidas, mas que tiradas, de que solia salir nuestros Guerreros fuertes, maltratados, y heridos casi de muerte, con grandissimos dolores.

Llegò à tal extremo la cruel molestia de los infernales espíritus, que nuestros valerosos Campiones, como poco experimentados en semejantes batallas, començaron à flaquear, y finalmente, resolvieron bolver del todo la espalda al enemigo, como lo hizieron, dexandole vanaglorioso con el triunfo. Mas poco le durò el contento, porque apenas huvierò caminado pocas millas, con resolucion de bolverse à su casa, quando cogiendoles la noche en vna misera aldea, huvierò de alojarse en casa de vna pobre Aldeana, que despues de averlos recibido con cariño, y agasajo, les preguntò donde iban, y que fin era el de su viage? Respondieron, no sin gran confusion suya, como eran soldados de Christo, pero tan visosos, que à los primeros encuentros avian huído al enemigo, dexandole triunfante, y glorioso, quanto ellos iban corridos, y avergonçados; y contaronle quanto les avia sucedido. La muger, oido que huvo con atencion, que la causa de bolverse, era solo miedo que abia cobrado al demonio, que imbidioso, y soberbio, los queria apartar del camino de la virtud, y guiarlos per el de la desesperacion,

cion, y perdicion eterna, les dixo assi: Començad, o Varones de Dios, que con valor, y esfuergo resistieys al enemigo; pues no sabeys que la sierpe venenosa del Infierno, solo intenta apartaros de vuestros santos propósitos, y perderos? No sabeys que imbidioso, y desesperado, de ver, que por medio de la penitencia, y oracion, suben los hombres à los altares soberanos, à ocupar el solio eterno, que él perdiò por soberbio, y desvanecido, jamás cessa de intentar ardir, y traças con que apartar, si pudiese, al hombre de tanta gloria? No sabeys tambien, que es mayor su confusion, al verse vencido, quanto es mas flaca la parte que le haze guerra? Ea pues Soldados de Jesu Christo, no desmayey; bolved à tomar las armas, que el enemigo traydor, si vanaglorioso con el pasado triunfo, aun està en la estacada, temeroso si le bolverey, ò no à embestir, porque sabe muy bien, que si lo hazey, en el nombre del Señor, aveys de vencerle, ayudados de su divina gracia. No remays, pues, que vna flaca muger os anima, y asegura la vitoria, del vil, y cobarde enemigo.

Quedaron tan avergonçados los fugitivos Soldados de verse assi tratar de vna pobre muger, y assi mismo tan animados con sus bien sentidas razones, que apartandose de ella, sin saber que responderle, dixeron entre si: Ay de nosotros! Y que haremos, aviendo assi pecado contra Dios, dexando nuestro proposito? Vna flaca muger nos arguye de perezosos, y cobardes? Pues como? Hemos de ir por este mundo à ser su escandolo? Hemos de dar ocasion à que el infierno se glorie con el triunfo, sin que tengamos valor para sacarle de las manos la mal adquirida vitoria? Effeno no. No ha de ser. No se ha de burlar el infernal dragon, ni ha de dezir que pudo mas que la gracia del Espiritu Santo, que nos avia guiado al desierto. Bolveremos à él, y veremos que nuevas traças inventa el cobarde contra nosotros, pues ya hemos oido à esta muger (que sin duda ha sido la suya, voz de Dios) que no ay que temerle, si de Dios fiamos. Acabadas estas razones, se armaron con la señal de la Cruz, y tomando sus vaculos en las manos, sin atreverse, de corridos, à decirle cosa alguna à su huestada, se bolverò al desierto. La sierpe de Averno, luego que los viò segunda vez en campana, bolverò

viò de nuevo à perseguirlos, y à pedrearlos, mas ellos haziendo poco caso de su astucia, ni menos de las avenidas de piedras que sobre ellos llovía, perseverando de dia, y noche en oraciones, ayunos, y penitencias, alcançaron de la misericordia infinita de nuestro gran Dios, que el Demonio huiese corrido, y avergonçado, que la tentacion cessasse, y que perseverassen (libres ya de tanta enfadosa molestia) con animo alegre, y pacifico, en el servicio de Dios, dandole infinitas gracias por tanta misericordia.

Començò à correr por las campanas de aquellos desiertos, la fama de la virtud de nuestros dos valerosos Soldados de Christo, y començaron à concurrir Solitarios, Aldeanos, y Ciudadanos, vnos por alibios en sus abliciones, otros por solo venerarlos, otros por imitarlos en tan santa vida. Tantos fueron estos vltimos, que resolvieron hazer vn Monasterio, en que viviesen todos debaxo de la obediencia de vno, à quié los demás se sugetassen, y por cuya direccion, todo se governasse. Hizieron el Monasterio, en que trabajaron todos, y todos cultivavan la tierra para sustentarse del sudor de su rostro, y labor de sus manos, para vivir exercitados, y no ser molestos à los Pueblos. Eran tantas las divinas Avejas, que cada dia se venian à trabajar, en el colmenar del Señor, labrandole dulces panales, de sus gloriosas virtudes, que ya no cabian en vno solo, y assi labrarò segundo, y tercero Monasterio, donde pudiesen habitar, tan soberanos en jambres.

Iban de Monasterio en Monasterio, nuestros esforçados Capitanes, predicando, enseñando, y animando à todos aquellos nuevos Soldados, que à exemplo suyo se avian alistado en las tropas de Jesus, baxo el Estendarte Real de la Cruz. Al olor de la virtud, dulce, y suave, avian entre tantos concurrido, por divino acuerdo, sus dos gloriosos hijos Lupicino, y Roman, y los Padres, que conocian muy bien de Lupicino la humildad, mansedumbre, modestia, continencia, parsimonia, prudencia, y demás virtudes; que como astros luminosos lucian en el Cielo pacifico de su animo generoso, le constituyeron dignissimo Abad de toda aquella Eremitica Monastica. Cò la nueva dignidad, se hu millava mas Lupicino, y para que el inferior animal, no justificasse

getasse al superior espíritu; antes bié porq̄ siépre le estuviéssse obediente, le mortificava tanto con ayunos, y penitencias, que las disciplinas, y silicios le quitavan la sangre, y fuerças, y la abstiniencia en el comer, y beber, totalmente los brios, pues, no solo de la escassa porcion quotidiana, que de solas legumbres se componia, le quitava la mayor parte, sino es que se estava muy de ordinario los dos, y tres dias sin comer, ni beber, y quando la sed le molestava, llenava vn vaso de agua, y entrando en él las manos, las tenia allí por algun breve espacio, y assi refrescava el apetito, sin dar rienda alguna, no al gusto, pero ni aun á la necesidad. Mas, ò bódad inmensa de nuestro gran Dios! De tal suerte lo hazia su gran piedad con su fiel siervo, que como si las manos fuerden esponjas, atraian, y embobian en si toda el agua del vaso, como si se la huviesse bebido, disponiendo su Magestad, que quien por agradecerle, y servirle, se privava de vna boca que le avia dado la provida naturaleza, tuviesse tantas bocas quantos poros avia en sus manos, abriendolos todos para que por ellos bebiesse, y aplacasse la ardiente, y molesta sed.

Era al passo que benigno, y cariñoso con sus subditos, tan severo en mirar por el bien de sus almas, que no solo no les permitia obrar cosa que en vn atamo dexixesse de su Religiosa vida, y profession, mas ni aun hablarla. Hablar con mugeres, de ningun modo, ni aun mirarlas tenian, porque decia que esparcian veneno por la vista, y assi dezia estavan sus ojeas libres de los lobos; de los tropieços, y casi evidentes peligros de dar en manos de las sierpes. Roman era por el còtrario, tan simple, sencillo, y libré de toda humana malicia, que sin reparo, ni alteracion alguna de animo, se permitia á la comunicacion de todos igualmente, assi hombres, como mugeres, á todos consolava, á todos admitia, y á todos dava su bendicion en nombre de Iesu-Christo, siendo en todas las demás virtudes, tan igual, y conforme con su hermano, que no era facil el discernir quien á quien se aventajava, solo en Roman sobrefalia la sensilléz referida, que en gran manera le ilustrava.

Passaron en paz desta vida, al descanso de la eterna, los padres de nuestros gloriosos Santos, recibiendo el premio de aquel

Señor que sabe galardonar con excessos divinos nuestras buenas obras. Faltóle a Lupicino quien lo descuydava en lo que era temporal para el vivir de sus subditos, por lo qual, puesto en oracion, pidió á nuestro Señor alivio á su necesidad, que era grande. Oyóle su Magestad, como quien siempre atiende á la oracion del humilde, y revelòle cierto lugar de aquel yermo, donde antiguamente avian ocultado grandes thesoros. Ibase solo al tal lugar vna vez al año, y de allí traia quanto oro, y plata podia, con lo qual comprava el suficiente sustento para tanta multitud de subditos como Dios le avia dado, sin atreverse á manifestar á otro alguno el lugar de donde venia tanta riqueza, pues Dios á él solo se lo avia revelado.

Sucedio en cierta ocasion que iba visitando sus Monasterios, y multitud grande de Monges que en ellos, y fuera de ellos, por aquellos desiertos habitavan, que llegó á vno á la hora del comer, mas lo halló desierto: porque los Monges todos estavan en el campo trabajando; entròse en la cocina, y vió al fuego, de los Monges, la comida, pero repartida en diversas vasijas, segun eran los manjares, y de todo grande abundancia, y dixo en su coraçon: No parece bien que los que viven vida solitaria, y Religiosa, vñen de tan varios, y ricos manjares, y aplicando al fuego vna gran caldera, puso en ella todos aquellos pezes, yervas, y demás viandas que tenian diferentemente guisadas, y dixo: Para pobres Religiosos, buenas son estas poleadas, esto solo coman, pues assi basta para el natural sustento, lo demás solo sirve á la gula, y deleyte. Vinieron á comer los Monges, pero llevaron muy mal, que su Abad les huviesse hecho tan mal guisado, y doze de ellos juntos á consulta, resolvieron volverle á Dios la espalda, y hazerse amigos del mundo, á quien avian renunciado; y assi huyendo por aquellos desiertos, iban buscando las cosas deliciosas del siglo.

Roman tuvo al instante revelacion de la fuga de los doze, y bolviendo el Abad de su visita, le dixo: Si fuisse hermano, á causar la perdicion de nuestros hermanos, mas que nunca huvieras ido. A que respondió Lupicino: Hermano mio muy amado, no recibas pesar de lo sucedido, porque as de saber que la Era del Señor se ha limpiado

á cor-

á corrido el viento favorable, con que solo el trigo sea puesto para guardarse en el silo y troxes, y las pajas se han echado fuera, como cosa inutil, y sin provecho. Entendió Roman la metafora, y respondió, condolido: Ojala, y ninguno se vbiesse ausentado! Mas con todos, hermano mio, te ruego me digas quienes, y quantos son los huidos? Doze vanos, hinchados, y soberbios, sin ningun temor de Dios; por lo qual no hábita en ellos el Espíritu Santo, son los que han huido, respondió Lupicino. Entonces Roman, derramando gran cantidad de lagrimas de compassion, y piedad, dixo assi: Creo, y fielmente confio en la gran misericordia de aquel Señor que se dignó de padecer, y morir por ellos, que no ha de permitir su total ruina, antes si desta calda, los levantará á su gracia, juntará á su thesoro, y hará, como diestro Mercader, de la pérdida, ganancia grande. Callò, y en mudo silencio, hizo por ellos oracion, en que alcanzó de Dios, que los bolviéssse á su gracia. Hizolo el Señor, embiandoles vn dolor de coraçon tan grande del pasado error, que haziendo todos doze la devida penitencia, llegaron á tan alto grado de perfeccion, que cada vno de ellos instituyò vna nueva Congregaciò, fundando vn nuevo Monasterio, que hasta oy perseveran los Monges de ellos, y sucesores suyos, en continuas alabaças de Dios. Roman con su oracion consiguió tanto bien; tanto vale la oracion del Justo. Y aun que supo, por divina revelacion, que Dios le avia hecho favor tan grande, no por esso se hinchò, antes, si, mas humilde perseverava en su sensilléz, y buenas obras, visitando enfermos, y socorriendo á todos con su oracion continua.

Sucedio, pues, que yendo vn dia á visitar sus hermanos los Monges, le cogió la noche en aquel desierto, sin hallar otro albergue; que el pobre hospicio donde se curavan, y vivian (de los demás apartados) los leprosos, q̄ á la sazò eran nueve. Luego que los vió, se movió su coraçon á compassion, y piedad, por que abundava en él, el amor, y caridad de Dios. Hizo calentar vn poco de agua, con ella lavó á todos los pies, y dispuesta vna sola, si espaciosa cama en que todos cupiessen, se acostó con ellos sin que en su coraçon cupiessse aquel horror grãde que á todos naturalmente cau-

Primera parte.

fa semejante mal, por ser mas contagioso que la peste. A costados todos diez, los nueve leprosos se durmieron, velando solo Roman, no porque le desvelase el cuydado de la infecciò, y contagio de la lepra, sino porque estava cantandole á Dios Psalms, y Himnos dulces de alabaças. Cantando assi sus Psalms estendió la mano, y tocó vn lado de vno de aquellos leprosos, y al instante sanó, y se vió limpio de la lepra. Tocó á otro, y al instante tambien sanó. Dispertaron los dos, y hallandose assi milagrosamente sanos, limpios, y buenos, cada vno tocó á su compañero, que mas cerca le estava, para despertarlo, y que despertado rogasse á Romã le sanasse como á ellos. Pero, ó bondad de nuestro gran Dios! Y ò poder grande de la virtud de su siervo humilde Roman! Al instante que los yá sanos, y limpios de la lepra, tocaron á sus compañeros, estos se hallaron, como ellos, limpios, y sanos; y despertando estos gozosos con su nueva salud, hizieron otro tanto con los compañeros mas cercanos, que fue tocarlos para despertarlos, y todos se hallaron tan sanos, y buenos, como si en su vida huviesse tenido tal lepra, ni otro mal alguno. Llegó la Aurora, riendose por ventura de la sensilléz de Roman, y á claro el dia, miròlos á todos, y viendolos á todos sanos, limpios, y con vn nuevo resplandor en los rostros, y manos, en vez de las manchas, y infeccion de la contagiosa lepra, dió las gracias á Dios por su gran piedad, y misericordia siempre infinita, y despidiendose de ellos, y abraçandolos cariñosamente, les encomendò mucho que siépre se exercitasen en las cosas que erã mas del agrado de Dios, y de su santo servicio, sino querian los castigasse mas cò nueva lepra.

Lupicino viendose yá cargado de años, y canas, se fue á la Ciudad de Januba, ò Salebug, en la Borgoña, dõde entòces reynava Chilperico, y al entrar por la puerta de la Ciudad tèblò la silla en que el Rey estava sètado yá para comer. Asíbròse, y dixo á los Grandes q̄ le asistían: La tierra á temblado. Nada hemos sentido, dixerò los presentes. Cò todo, dixo el Rey, id á la puerta de la Ciudad á toda prissa, no sea que se nos entre en ella algun enemigo, de quien despues no podamos librarnos, porque no puedo persuadirme á q̄ esta silla en q̄ estoy sètado, aya tèblado sin causa grãde alguna.

Ecce Fuc-

Fueron corriendo, y luego dieron con el Santo viejo Lupicino, que fue objeto de la vista de todos, tanto por su ancianidad venerable, y forastera, como por la estrañez de su vestido, y habito, que era de pieles toscas; parecíoles vn nuevo Elias, y tal nueva le llevaron al Rey, como á achaz hizieron los que al Propheta Santo, gran Zelador de la honra de Dios hallaron. El Rey mandó se lo traxessen á su presencia, para preguntarle quien fuesse, que vida era la suya, y que buscava en su Ciudad. Bolvieron por él, y puesto en la presencia del Rey, le dixo: Quien eres, anciano Padre? De donde has venido? Dinos que vida es la tuya? Que buscava en mi Ciudad? Que pretendes de mi? Padre soy, y Pastor de las ovejas del Señor, dixo el Venerable Lupicino, y aunque á estas no faltan las continuas assistencias del Señor mismo, á quien sirven, alimentadas con regalos muchos espirituales, que son los que sustentan el alma, pero por que mas exercitadas vivan, permite la Magestad Soberana, que les falte el corporal sustento, por lo qual soy venido á la Real presencia de vuestro poder, para pedirnos nos focorray con algo, de lo mucho, que por la misericordia de Dios, os sobra, para ayuda á nuestro sustento, y vestir honesto. Oída por el Rey la peticion tan cortefana, y justa del bendito Padre, respondió: Yo Padre os hago gracia de todos los campos, y viñas que eligiereys de mi tierra, y señorio, para que vivays con vuestros Religiosos, sin que os pueda faltar cosa alguna para comer, y vestir, antes si con abundancia os sobre. A cuya generosa oferta respondió el Abad Santo: No conviene que los Monges humildes, y pobres, dedicados solo á servir al Señor, y cuydar de sus almas, tengan posesiones, viñas, ni tierras, que les obliguē á vivir solícitos de su cuydado, y aumento, mejor Será, que nos señale vuestro poder alguna cosa de los frutos de estas viñas, y tierras, para que vivamos con humildad, y parsimonia, sin las grandes necesidades que oy padecemos, ni la hinchacion, y vanagloria de tanta posesion, y hazienda. Oyó el Rey con grande edificacion la humilde repulsa del siervo de Dios, y mandó luego, que á los Monasterios sugetos á Lupicino se les diese todos los años trecientas fanegas de trigo, otras tantas arrobas de

vino, y cien escudos de oro para que comprassen de que vestirse, renta que hasta oy gozan aquellos Monasterios.

Bolvíose Lupicino á su Monasterio, dando infinitas gracias á Dios por sus liberales misericordias, y como le pareciesse, por la edad yá anciana, y cansada, que assi él como Roman su hermano, yá no podian vivir mucho, le dixo vn día estas palabras: Dime hermano caríssimo, en qual Monasterio de los nuestros gustas que te disponga el sepulcro, para disponer tambien el mio? Porque quisiera descansar juntos, los que juntos hemos vivido. Yo hermano mio, dixo Roman, te estimo, y pago tan carinoso afecto, pero has de saber que yo no seré sepultado en Monasterio donde no pueden entrar mugeres. Ya sabes que á mi, vilíssima criatura, la mas indigna del mundo, que menos sabe agradecer á nuestro gran Dios, ha querido su Divina Magestad, por solo ser quien es, comunicarme la gracia, de curar, y sanar de todas enfermedades, con solo tocar mis manos, y hazer la señal de la santa Cruz; por esta causa, pues, quiere el Señor que mi sepulcro sea fuera del Monasterio, para que todos, assi hombres, como mugeres, gozen el beneficio, del remedio, que en sus afflicciones, necesidades, y enfermedades vendrán á pedirme, pues te aseguro que el concurso será siempre grande.

Sucedió, pues, assi como el siervo de Dios lo avia profetizado, pues luego que durmió en el Señor, fue sepultado fuera del Monasterio, en vn montecillo poco distante del: sobre cuyo sepulcro, se fabricó despues vn sumptuosissimo Templo, donde cada dia, ay grandísimos concursos de hombres, y mugeres de diversas partes del mundo, que acuden por salud, y remedio, y todos, buelven á sus casas sanos, buenos, y consolados. Allí ven los ciegos, oyen los sordos, hablan los mudos, andan los cojos, sanan los mancos, y quebrados, los paralíticos se levantan, los leprosos son limpios, los enegumenos son libres de la molestia de los inmundos espiritus, de los muertos refucitan, y finalmente, son innumerables los milagros que Dios cada dia obra por la intercession de su bendito siervo Román. Lupicino su hermano, dando gracias á Dios por todo, entregó poco despues, en sus manos su espíritu, y fue sepultado den-

tro

tro del Monasterio, en su Iglesia, dexando al Señor, del espiritual trono que le avia encomendado, multiplicados los talentos con grandes crezes, y medras, en multitud de Congregaciones santas, que dia, y noche se ocupan en cantarle divinos loores, y dulces hymnos de eternas alabanzas. Fue la muerte destes dos benditos hermanos por los años del Señor de 565. en tiempo del yá nombrado Rey de los Francos Chilperico, y la Iglesia celebra la fiesta de Roman, á los 28. de Febrero, y la de Lupicino á 21. de Março, y estos dias ponē su vida los Autores que de ellos trarā, que son Beda, Vísuardo, Adon, San Gregorio Turonense, Surio, el Martyrologio Romano, y otros muchos.

Está tan llena de prodigios la vida destes dos hermanos, siervos de Jesu-Christo, que no se puede facilmente hazer elección, qual de sus muchas, y virtuosas prendas, podrá ser estímulo á la devocion, y imitación de quien lee (como deve qualquiera) para solo aprovechar en el camino de su salvacion, pues si ponemos los ojos en Lupicino, nos es norma de obediencia, humildad, pobreza, castidad, abstinencia, zelo de la honra de Dios, solícito de que las almas que á su cargo estaban, se salvassen, sabiendo á vn tiempo, como buen Padre, vsar del cariño suave, y rigor aspero, haziendo vn tan

divino taracado, que quien supiere imitarle, sabrá como el conseguir el triunfo mayor de su gloria; si los bolvemos á Romá miraremos aquella sencillez de animo con que igualmente tratava con malos, y buenos (á estos siendo exemplo para que fuesen mejores, y aquellos para ser buenos) con hombres, y mugeres, con enfermos, y sanos siendo todo para todos, pues todos en el hallavan salud, remedio, y consuelo; aquella gracia de sanidad que Dios le avia comunicado, pues bastava tocar su mano, para sanar, al que có ella tocava, de qualquiera enfermedad, y dolencia, como se vió en los leprosos, y otros infinitos; permaneciéndole en él, la reyna, y corona de las virtudes, que es la Caridad (pues por sola ella le comunicó Dios esta gracia) hasta el fin de sus dias, y aun despues de muerto, pues solo la caridad, pudo sacarlo fuera de su Monasterio despues de muerto, á quien se avia en el sepultado vivo: bien se vió esto ser, assi en la respuesta que dió á su hermano, quando le preguntó donde queria ser sepultado, y él (á que la caridad misma hizo propheta) dixo: Seria fuera del Monasterio, donde pudieffen concurrir hombres, y mugeres, para que assi él pudieffe remediar á todos igualmente, como lo haze, con tanto numero de milagros, porque es Dios, y ferá eternamente alabado, y bédito en su siervo.

MARZO

LA VIDA DE SAN CEADA
Obispo de York, en Inglaterra.

SAN Ceada fue vn varon santissimo, y doctissimo, hermano de Ced Obispo de los Orientales Ingleses, y por sus meritos vino á ser Abad de vn Monasterio llamado Lentifcco. El Rey Osinu tenia la corona de aquel Reyno en esta ocasion, y deseava mucho que en su Reyno huviesse Obispo, que se hallavan sin él, y como tardasse en bolver de Francia San Vilfrido, que avia ido á consagrarse, acordó de embiar á Ceada, á Canterbury (que antiguamente se llamó Cantua) para que su Arçobispo le ordenasse, y consagrasse

Primera parte.

por Obispo de Eburaco, aora llamada York, y fue acompañandolo Eadhedo Capellan del mismo Rey, el qual despues en tiempo del Rey Eéfrido vino á ser Obispo de Ripa. Llegaron á Canterbury, y hallaron muerto á Deusdedit, que era el Arçobispo á quien iban, por lo qual se fueron á Vínis, Obispo que era de los Occidentales Saxones, el qual tomando otros dos Obispos de la gran Bretaña, por acompañados, lo consagró, y Ceada con esto se fue á su Iglesia de York donde puso todo su cuydado, viviendo con vigilancia, verdad Ecclesiastica, humildad, castidad, pureza, y gran parsimonia.

Eccc 2

Exer-